

REVISTA Marianista



DANIEL

AD DEUM PER MARIAM

SUMARIO

Imagen de la Dolorosa (fotograbado).—
En torno a una proposición de Ley. Que
sea pronto realizada, por *Elias Olmos*.—
El pecado, por *Donoso Cortés*.—Direccio-
nes pontificias. Contra la plaga de la in-
moralidad.—Un Crucifijo que sangra...,
por *Fr. Florencio del Niño Jesús, C. D.*—
¡Confesarse!, por *Pierre L'Ermitte*.—Reac-
ción saludable.—Desde Nueva York. El
juramento masónico, por *Marcial Rossell*.
—Una Presidenta ejemplar, por *María de
Echarri*.—Nuestra Señora del Pilar y el
Apóstol Santiago, por *don Luis de Zavala*.
—Un desatino, por *Antonio Reyes Huer-
tas*.—De la acción católica en el mundo.
Valores de Liturgia, por *J. Polo Benito*.—
Laicismo y Liturgia, por *R. P. Gubianas,
O. S. B.*—Camino del Calvario.—Mundo
católico. Elogio del cristianismo, por *Mar-
tín D'Aymer*.—Teatros y cines, por *E.
Ab.il.*



AÑO XIII

NÚMERO 139

Córdoba y Marzo de 1935

Imprenta «El Defensor» Ambrosio de Morales, 6



Al dar la hora

de cada comida, tome usted una cucharada del poderoso reconstituyente, **Jarabe de HIPOFOSFITOS SALUD**

Aprobado por la Academia de Medicina para devolver la vitalidad a las mujeres **anémicas**

Puede tomarse en todo tiempo.
No se vende a granel.

LAXANTE SALUD
normaliza suavemente la función intestinal. Grageas en cajas. Pídanse en farmacias.

Obras del Padre Alberto Risco, S. J.

| | <u>Pesetas</u> | | <u>Pesetas</u> |
|--|----------------|--|----------------|
| Paso a Paso (novela) | 2 | La Escuadra del Almirante Cervera (historia amena) | 4'50 |
| Mariela (novela). | 5 | Amor de madre (poesías) | 2 |
| Emigración (novela). | 2'50 | P. Pascual Cervera y Topete (biografía) | 18 |
| Los que triunfan (novela). | 5 | P. Juan de la Cruz Granero (biografía) | 4 |
| Los Rebeldes (novela). | 2 | P. Francisco de P. Tarín (biografía) | 6 |
| Mil hombres (historia amena). | 5'50 | Historia de la Literatura (compendio) | 3 |
| Flores silvestres (novela). | 5 | | |
| Tristes y alegres (cuentos) | 2 | | |
| Los dos amores (cuento) | 0'75 | | |
| Cinco visitas (cuento) | 0'50 | | |
| Juan de la Tierra (historia amena) | 4 | | |

De venta, en la Redacción del periódico «Razón y Fe», Plaza de Santo Domingo, 14, Madrid.

Revista Mariana

PUBLICACIÓN MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Dedicada a fomentar la devoción á la Santísima Virgen

AÑO XIII

CÓRDOBA Y MARZO DE 1935

Núm. 139



LA DOLOROSA

Hermoso busto de barro cocido que, se venera en la iglesia de la Merced.

En torno a una proposición de ley
QUE SEA PRONTO REALIZADA

Se ha presentado a las Cortes una proposición de ley que merece nuestro sincero y entusiasta aplauso. Se aboga en ella por el salario vital y el subsidio familiar, apoyándose en las siguientes palabras de Pío XI, de la Encíclica «Quadragesimo Anno»: «Las riquezas independientes aumentadas por el incremento económico social, deben distribuirse entre las personas y clases, de manera que quede a salvo lo que León XIII llama la utilidad común de todos, o en otras palabras, de modo que no padezca el bien común de toda la sociedad. Esta Ley de justicia social continúa el Papa—prohíbe que una clase excluya a la otra de la participación de los beneficios.

Sobre esta participación en los beneficios han de apoyarse, según la proposición de ley, los salarios vital y familiar, cuya justicia ya no discute ningún sociólogo católico después de las taxativas manifestaciones del Pontífice en la citada Encíclica.

A lo menos que puede aspirar quien trabaja es a subvenir decorosamente con el fruto de su labor a todas las necesidades de su vida. Mas como el trabajo puede interrumpirse contra la voluntad del obrero, el fruto de aquél ha de ser suficiente a llenar dichas necesidades durante el paro involuntario.

Debe ser esto, lo será sin duda, objeto de otra ley, que creemos no se hará esperar apenas se aprueba la que motiva estas líneas, y el procedimiento que hay que seguir se halla taxativo como postulado también de la sociología cristiana: los seguros.

Debe imponer el Estado todo linaje de seguros precisos para atender a las involuntarias eventualidades que pue-

dan sorprender al obrero e impedirle trabajar; a saber: enfermedad, paro forzoso, inutilidad, vejez, etc., si el salario ha de ser verdaderamente vital.

No debe tolerarse el espectáculo anticristiano, inhumano y bochornoso que ofrecen por calles y plazas muchedumbres de obreros harapientos deseosos de trabajar y extenuados de hambre. Es ello sencillamente criminal, más aún cuando sobra trigo, abunda el dinero en los Bancos y tantas obras reproductivas pueden efectuarse.

A tanto ha de exceder el salario vital, si ha de ser digno de tal nombre y seriamente eficaz.

El salario o subsidio familiar, propuesto también en el proyecto, es otro de los postulados cristiano-sociales. Es derecho natural que el padre atienda a las necesidades de su familia; por lo tanto, cuando aquel solo cuenta con su trabajo debe obtener con él lo suficiente para llenar estas necesidades.

La sociedad que en lo porvenir se beneficiará del trabajo de los hijos del obrero, mientras éstos no pueden ganarse el sustento, debe remunerar la labor del padre suficientemente para que los hijos no queden desamparados. En realidad, es un adelanto que se entrega para los que en lo futuro acrecerán con su esfuerzo la riqueza social, compensándose la comunidad de las entregas adelantadas.

En la «Quadragesimo Anno» encarece el Papa el salario o subsidio familiar con estas palabras: «En primer lugar hay que dar al obrero una remuneración que sea suficiente para su propia sustentación y la de su familia... Es gravísimo abuso, y con todo empeño ha de ser extirpado, que la madre, a causa de la escasez del salario del padre, se vea obligada a ejercitar un arte lucrativo dejando abandonados en casa sus peculiares que-

haceres y cuidados, y sobre todo la educación de los niños pequeños. Ha de ponerse pues todo esfuerzo en que los padres de familia reciban una remuneración suficientemente amplia para que puedan atender convenientemente a las necesidades domésticas ordinarias.

El pensamiento del Papa no puede ser más taxativo. Por tanto, el proyecto de ley también en lo referente al salario familiar refleja la mente de la Iglesia.

Uno de los procedimientos para obtener este subsidio, acaso el menos socializante y el más equitativo, es el de las cajas regionales creadas por zonas industriales o grupos de índole semejante, intervenidas por el poder público, siempre a base de la participación de los obreros en los beneficios, coordinados con el subsidio familiar, que propone el proyecto.

Cuanto se tarde en la implantación de este salario con los apuntados seguros, se retarda el golpe eficaz de la revolución. Ya es hora de que se ponga término a la injusta distribución de la riqueza, contra la cual clama enérgicamente Pío XI, y ello solo podrá conseguirse cuando la sociedad por sí o por el Estado imponga los salarios vital y familiar que proposición de ley comentada, a la que tributamos nuestro más sincero aplauso y hacemos votos para que pronto sea realidad.

ELÍAS OLMOS.

El pecado

El pecado vistió el cielo de luto, al infierno de llamas y a la tierra de abrojos. El fué el que trajo la enfermedad y la peste, el hambre y la muerte sobre el mundo. El que cavó

el sepulcro de las ciudades más inclitas y llenas de gente. El presidió a los funerales de Babilonia, la de los ostentosos jardines; de Nínive, la excelsa; de Persépolis, la hija del sol; de Menfis, la de los hondos misterios; de Sodoma, la impúdica; de Atenas, la cómica; de Jerusalén, la ingrata; de Roma, la grande; porque aunque Dios quiso todas estas cosas, no las quiso sino como castigo y remedio del pecado.

El pecado saca todos los gemidos que salen de todos los pechos humanos y todas las lágrimas que caen gota a gota de todos los ojos de los hombres; y lo que es más todavía, y lo que ningún entendimiento puede concebir, ni ningún vocabulario expresar, él ha sacado lágrimas de los sacratísimos ojos del Hijo de Dios, mansísimo Cordero que subió a la cruz cargado con los pecados del mundo.

Ni los cielos, ni la tierra, ni los hombres le vieron reír, y los hombres y la tierra y los cielos le vieron llorar, y lloraba porque tenía puestos sus ojos en el pecado. Lloró sobre el sepulcro de Lázaro, y en la muerte de su amigo nada lloró sino la muerte del alma pecadora. Lloró sobre Jerusalén, y la causa de su llanto era el pecado abominable del pueblo deicida. Sintió tristeza y turbación al poner los pies en el huerto, y el horror del pecado era el que ponía en él aquella turbación insólita y aquel paño de tristeza. Su frente sudó sangre, y el espectro del pecado era el que hacía brotar aquellos extraños sudores. Fué enclavado en un madero, y el pecado le enclavó: el pecado le puso en agonía y el pecado le dió muerte.

DONOSO CORTÉS.

LEA V. "EL DEFENSOR"

DIRECCIONES PONTIFICIAS

—

Contra la plaga de la inmoralidad

—=—

Dediquemos un breve comentario a las palabras que el Santo Padre ha dirigido a los predicadores cuaresmales de Roma. La solemne audiencia tradicional suele constituir, por su excepcional importancia, una verdadera dirección de carácter universal para todos los que se dedican al ministerio de la predicación en el mundo católico. Y el Papa acostumbra a señalar, en ella, el punto principal sobre el que han de versar las exhortaciones cuaresmales.

Las palabras pontificias han sido gravísimas por el fondo de los males, que señala y combate, y por la insistencia con que, en la forma externa, glosa las principales ideas. Ha aludido Pío XI a la contradicción dolorosa que tiene lugar entre los fieles que practican los ejercicios devotos; contradicción entre la fe que profesan y la vida poco cristiana que llevan.

El Papa ha hablado de «paganismo». Constituye, por tanto, esta exhortación un nuevo ataque a ese funesto salto atrás, que denunciaba ya El, en el terreno doctrinal, en la Encíclica «Quas primas», señalando al laicismo «peste de la moderna sociedad».

El mal ha desbordado ya todas las fronteras. Se ha hecho universal, inficionando el mismo ambiente. Y por la fuerza de ese ambiente inficionado hemos llegado torpemente a llamar «bien al mal» y «mal al bien», pretendiendo hacer compatible la búsqueda ansiosa de placeres de todas clases con la práctica y hasta con la jactanciosa profesión de catolicismo.

En este punto ha cambiado indudablemente el panorama respecto al si-

glo pasado. No sabemos si empeorándolo. Entonces el liberalismo impuso la falsa dogmática de la religión privada. Hoy, por el contrario, se considera título de nobleza y motivo de legítimo orgullo dar testimonio de la fe religiosa. Pero ese testimonio es muchas veces puramente verbal; se queda solamente en los principios y no llega hasta las consecuencias prácticas de la vida de la sociedad. Y así puede darse el dualismo peligroso, que el Papa denuncia sobre todo en el terreno moral, el más amenazado por la invasión paganizante.

Es esta tan grave que, comparando el Papa la presente situación con la situación del paganismo romano, llega a decir que la impudicia ambiente supera incluso a la impudicia de aquellos remotos tiempos. Es bochornoso para nuestra sociedad, pero es, lamentablemente cierto.

Los medios de difusión han alcanzado hoy una potencia insospechada. Y viciados como están, porque las leyes que protegen la moralidad son frecuentemente letra muerta, han llevado hasta los rincones más apartados de nuestros países cristianos las conquistas de la inmoralidad más desenfrenada.

Los espectáculos, que hacen culto de esa inmoralidad y en sus grados menos aparatosos la utilizan como medio ordinario de salir de un lance o de terminar una escena, parecen ya tan naturales que apenas se aprecia en ellas malicia. Y, sin embargo, la tienen. Y nuestra juventud siente más impetuosamente el atractivo del vicio porque para éste, mientras no se descubra otro medio mejor, el antídoto más eficaz es la huida.

Sin referirnos aquí a los estragos del nudismo, plaga cancerosa que sirve de arma para todos los desenfrenos y todas las rebeldías, aprovechando aquel principio inmortal que conocieron los viejos filósofos, según el

cual la inmoralidad pública es el medio más eficaz de desatar revoluciones contra el legítimo Poder, el entendimiento del hombre inmoral—decían—toma cuerpo un principio de carácter subversivo que, si por el momento va dirigido contra la ley moral, más tarde irá dirigido contra toda ley. Porque limitándonos, en este momento, a las consecuencias del vicio inmoral que más se relacionan con lo puramente físico y biológico, ya vemos que «el egoísmo de la pasión ciega las fuentes de la vida, y el alcohol envenena las masas y abre cruelmente la vía a la tuberculosis, a la demencia y a la criminalidad, y la obscenidad gangrena ya a la juventud y llega casi a la niñez».

Llama, pues, el Pontífice al mundo entero a una cruzada de moralidad que serena y racionalmente cercene las demasías e introduzca el culto a la verdadera virtud. Principalmente en provecho de la juventud, esperanza de la sociedad y primera víctima de los asaltos de la inmoralidad.

Es preciso infundir en el alma de nuestros jóvenes el cultivo de las virtudes varoniles y heroicas que, si exigen sacrificio y reacción contra la corriente frívola y pagana que atosiga a nuestra sociedad, son en realidad base de la fortaleza individual y de la tranquilidad pública.

Pero esta cruzada necesita de los poderes públicos ineludible apoyo. La pornografía, mal combatida siempre, debiera desaparecer, haciendo además efectiva la prohibición del constante allanamiento de morada que supone la venta de novelas por entregas, introducidas capciosamente bajo las puertas de nuestros propios hogares y la censura rígida de las películas, que aparecen en el mercado... tantas cosas que están encomendadas a la vigilante labor de la autoridad, primera condición para que esta cruzada de moralidad llegue a surtir su efecto.

Nosotros, individual y colectivamente, cooperando a la acción enérgica de la autoridad. Pero la autoridad actuando con nosotros, con severidad, por la salud pública.

Un Crucifijo que sangra...

Este suceso extraordinario acaeció en Asti, ciudad del Norte de Italia, sede episcopal con 35.500 habitantes, el viernes 11 de agosto de 1933, en pleno Centenario de la Redención.

En el Hospicio de Santa Clara, dependientes de la Casa-Madre de los Oblatos de San José, una pensionista enferma, llamada María Tartaglino, fué la primera que vió manar sangre, real y efectiva, del pequeño crucifijo que tenía en su habitación.

A la una de la tarde, estando acostada en su cama, se sintió como impulsada por una fuerza interior a levantarse del lecho y postrarse a los pies de su crucifijo. Hizolo así en el acto, y, apenas se arrodilló delante de la sagrada imagen, vió que el santo Cristo se animaba, y tomaba el aspecto de un dolor inenarrable, como si estuviese sufriendo todos los dolores y agonías de su sagrada Pasión. A poco la llaga del costado se fué rasgando lentamente y empezó a echar sangre fresca; las heridas de los pies y de las manos, la cabeza coronada de espinas, aparecieron teñidas de sangre; un hilo de líquido purpúreo salió de la boca del Crucifijo, y humedeció el labio inferior de la imagen.

Aterrorizada por este prodigio, la pobre enferma tenía sus ojos clavados en el santo Cristo, cuando oyó una voz interior, una especie de gemido, que decía: «Mira, hija, en qué estado me han puesto los sacrilegios; ellos renuevan toda mi Pasión...»

Toda emocionada, María Tartagli-

no tocó la llaga del costado con el dedo, y éste quedó manchado de sangre. Limpió la herida con el primer paño que tenía a la mano, y la sangre siguió fluyendo fresca del costado. Lavó y enjugó una vez y hasta diez veces la herida del Crucifijo, y la llaga seguía manando sangre. Entonces llamó a su vecina, la señorita Mortera, la cual, a su vez, metió su dedo en la llaga del costado y lo sacó teñido en roja sangre.

Suceso tan extraordinario hubo de llegar a conocimiento de don Plácido Botti, confesor de María Tartaglino, el cual, después de haber oído el relato de su penitente, dicho bajo juramento en testimonio de la verdad, pudo comprobar por sí mismo el prodigio del Cristo que sangraba. Don Plácido impuso el más inviolable secreto a su penitente y a la vecina de ésta, señorita Mortera.

Desde aquel día el santo Cristo fué escondido en un armario envuelto entre ropa blanca.

Mes y medio más tarde, el 27 de septiembre, María Tartaglino fué a abrir su armario. El lienzo con que envolvió el crucifijo estaba completamente bañado en sangre, y de la imagen sagrada corrían por todo el cuerpo, hasta los pies de la cruz, diversos filamentos de sangre. Conmovida profundamente, dió parte a la Superiora del Hospicio, la cual vió brotar la sangre del costado y correr a todo lo largo de la imagen. Avisó a los cuatro sacerdotes que había en el establecimiento, y vieron la imagen ensangrentada. Luego fué sacada una fotografía por el canónigo señor Barroso. Enseguida dieron parte al señor Obispo de Astí, Mons. Humberto Rossi, el cual encargó al Superior General de los Padres Josefinos la información jurada de los sucesos.

Entre tanto, el Instituto de medicina legal de Turín procedió al examen químico de la sangre, con toda la es-

crupulosidad que el caso requería y valiéndose de sus admirables instrumentos. Tres reputados profesores, después del examen minucioso, dieron un certificado atestiguando que aquella era «sangre humana».

El Obispo de Astí constituyó entonces un tribunal eclesiástico selecto, a quien confió tan importante negocio. Testigos calificados, médicos competentísimos, técnicos de todas clases fueron oídos por el Tribunal. Para mayor abundamiento, el crucifijo fué sometido a un doble examen radioscópico y radiográfico, con objeto de cerciorarse el tribunal de que no cabía ningún truco en la imagen.

En fin, el 23 de febrero de este año, 1934, el tribunal dictó su fallo, por el cual se hacía constar la verdad y autenticidad de los hechos sometidos a su juicio, y afirmaba que tales hechos eran inexplicables para la ciencia humana ni había en la naturaleza causas suficientes para producirlos.

Con estas conclusiones en la mano, el Obispo de Astí quiso añadir todo el peso de su autoridad, y en su Pastoral de la Cuaresma pasada publicó solemnemente y proclamó la verdad «del crucifijo sangrante» y el carácter sobrenatural del suceso.

Con este motivo, el viernes cuarto de la misma Cuaresma acudieron a venerar al Cristo milagroso centenares y millares de peregrinos de la Alta Italia y de todas partes. Los periódicos dijeron que habían acudido más de 40.000 personas...

«¿Y cómo es la sagrada imagen?», preguntará alguno. ¿Es muy alta? ¿Es artística? ¿Es de marfil, de ébano o de azabache?... ¿Es, por lo menos, como la del Santo Cristo de Limpías?...

Es, a los ojos humanos, muy poca cosa. Es un crucifijo de tantos como se venden en tiendas de quincalla. Mide 21 centímetros de altura, y está enclavado sobre tosca cruz de yeso,

cuyo travesaño vertical no pasa de los 50 centímetros de alto. Está la cruz montada sobre un pedestal sencillo, el conjunto sin valor artístico alguno y de muy poco valor pecuniario, como cualquiera de esos artículos de tienda o de bazar.

¿Entonces?...

¡Entonces, el poder de Dios puede manifestarse a cualquier hora lo mismo sobre un crucifijo de yeso o de papel, como sobre la maravillosa imagen de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder!

Son los sacrilegios los que le hacen sangrar ahora.

FR. FLORENCIO DEL NIÑO JESÚS, C. D.

¡Confesarse...!



Esto es lo tremendo. Entrar en un oscuro cajón... Ponerse de rodillas... Decir a un hombre: Padre, y luego confesarle todo... todo lo que uno a veces no se atreve a decir ni a su propio sombra. . Vaciar el canasto... todo el canasto...

Y esto en 1935, en el siglo del avión y de la radio...

Sí, esto es lo tremendo.

Francamente, la Iglesia abusa...

* * *

—¿Que la Iglesia abusa? En primer lugar, si usted no es mujer, la Iglesia no le obliga a entrar en un cajón...

Un hombre se confiesa perfectamente en todas partes, lo mismo en medio de la plaza de armas que en el más oscuro rincón de una oficina parroquial o de la sacristía.

¿Hincarse delante de un hombre?... Pero, en ese momento, el hombre desaparece completamente, transformado por su investidura sublime.

Y después confesarlo todo...

Pero fíjese que usted confiesa ya tantas cosas y a tanta gente...

Sí, señor...!

Usted que hace tantos aspavientos, no acaba nunca de confesarse.

Usted se confiesa a su médico...

Usted se confiesa a su boticarlo... por la receta del doctor...

Usted se confiesa a su abogado y a su notario...

Usted se confiesa al recaudador de contribuciones directas e indirectas.

Y la penitencia es a veces hartopesada.

Usted se confiesa a todos los de su casa, hasta los sirvientes inclusive... que saben y tienen que saber fatalmente las costumbres que usted tiene y los pasos que usted anda...

Entonces, ¿por qué hace usted tantas historias y remilgos para confesarse con su buen padre cura... el cual a diferencia de todos los confesores antedichos, no le ha de pedir a usted un céntimo y que además le dará muy probablemente la absolución y la paz del alma?...

En todas las cosas hay principios básicos... es decir, puntos especiales que no se pueden suprimir y sin los cuales todo se desmoronaría...

En el ejército no basta decir: ¡tengo espíritu militar...!

El cabo, el sargento, el capitán, los obligarán a llevar el uniforme de reglamento... a hacer gimnasia y ciertos ejercicios tan precisos como poco agradables...

En la Iglesia es igual, pero más suave y más elevado...

La oración, la Misa, la Confesión, la Comunión, estos son los principios fundamentales.

¿Pero en 1935, en tiempo del avión y de la radio?

¡Qué gana de buscar pretextos...! Primero, estas cosas no tienen que ver una con la otra... Y luego, una élite muy numerosa y distinguida, vive en tiempo del avión y se confiesa... Asista usted al retiro pascual de las

más altas escuelas de París, la Politécnica, la Central, y verá más de 15.000 jóvenes universitarios de veinte años de rodillas para confesarse y comulgar.

Conozco al curita de campo con quien se confesaba el mariscal Foch, cada quince días, y sin hacer tantos melindres y pucheros como usted para confesarse una pobre y miserable vez al año...

**

La confesión es el rescate... «Pecado confesado medio perdonado», decís a vuestros hijos. Y tenéis razón.

La Iglesia os dirige a Vos mismo esta verdad...

El pecado os tiene agarrados del cuello y os ahoga...

Las invisibles fuerzas del mal os amarran para no permitir que déis el paso.

Decid una palabra y toda esa esclavitud quedará hecha pedazos y vos libre como un hijo de Dios.

El hijo pródigo estaba salvado desde el instante en que había dicho: «me levantaré e iré a mi padre».

**

Sobre todo; que vuestra voluntad no se deje enmudejar por todas las habilidades y malas razones de una inteligencia acorralada.

Acordaos del caballero muy elegante, muy chic, muy diplomático, que desembarca una mañana, en Ars, para proponer con gravedad toda una malleta de objeciones al humilde y santo cura.

Se encuentra con él, al fin de su Misa.

—Señor Cura, vengo a hablar con usted porque estoy tapado de objeciones y dudas.

El Cura de Ars se dirige al armario, saca la sobrepelliz, se sienta al lado del reclinatorio y con la mano hace la señal al caballero chic, que se ponga de rodillas...

El otro levanta al techo dos brazos estupefactos...

—¡Error, señor Cura, muy grande error...! Estoy lejos de...

—Vamos, aprisita... no puedo perder tiempo., mucha gente está esperando...

—Pero en fin...

¡Aquí, aquí...!

El caballero, sin saber cómo ni cómo no, se encuentra de rodillas, se confiesa perfectamente, con la ayuda y gran caridad del santo, y luego después se levanta aligerado, feliz, frente al Cura de Ars, que le dice entonces:

—Bueno, veamos ahora las objeciones...

—¡Cosa rara—dice el caballero—, caso curioso... figúrese usted que ya no me acuerdo de ninguna...

¿Qué hacerle? La consigna y el precepto de Cristo es que hay que confesarse.

¡Confiécese usted y verá...! Y dará gracias a Dios de no haber esperado el triste argumento del bisturí para arreglar sus cuentas.. Fuera de que Dios no concede siempre ni a todos la gracia extraordinaria de que le abran a uno el cuerpo como un melón, por un precio fabuloso y tantas veces inútil.

**

«¡Siempre listo!» Es la consigna del mismo Cristo en el Evangelio. Si la rechazáis ahora, ¿cuándo queréis aceptarla?

Dichosos y mil veces felices los que sencillamente en unión con sus cristianos antepasados y todos los fieles de la tierra, tienen la suerte de cumplir el gran deber. Felices los que, cristianos de raza y tradición, saben ser fieles a esa gran nobleza, la mejor de todas.

En cuanto a los demás, son los más pobres de los pobres.

PIERRE L'ERMITE,

Reacción saludable



De un tiempo acá viene notándose en puntos distintos del mundo un vivísimo deseo de purificar la sociedad en el fundamental aspecto de la moralidad pública.

Han transcurrido escasos meses de cuando en América, a iniciativa del eminentísimo cardenal Hayes, ilustre arzobispo de Nueva York, emprendióse una activa campaña contra el «cine» inmoral. Adquirió súbitamente inusitada resonancia por haberse sumado a la misma destacadas personalidades.

Otra no menos laudable iniciativa ha tenido el ministro de la República francesa M. Pernot. La ha tenido y, lo que es ya más, la ha puesto en vías de efectividad. El ministro de Justicia de la nación vecina se ha propuesto nada menos que iniciar en su país una campaña contra la pornografía. Interesante desde todos los puntos de vista el propósito de ese consciente ministro. Pero el interés resalta más por cuando M. Pernot desea que su intento sea compartido y secundado por todos los países, imprimiendo así a la campaña impulso y carácter internacionales. Adecuada y certera visión demuestra tener de asunto de tanta envergadura su propulsor. Por hallarse el mal universalmente extendido, debe a todas las naciones comprender la defensa contra plaga tan arraigada. Coordinando esfuerzos, aunada el procedimiento y unificando la acción podrá llegarse a satisfactorios resultados. Todo el ahinco y buena intención puestos al servicio de tan noble empresa por un país aislado se estrellarían indefectiblemente. La malicia de los editores y la fraudulencia de los traficantes burlarían toda acción y malograrían el esfuerzo.

Todo un ministro de Justicia de una nación democráticamente organizada

siente la necesidad de sanear el ambiente de su país, barriendo del medio social la basura pornográfica. M. Pernot acaba de hacer fijar en las esquinas de París una vibrante circular sobre tan palpitante cuestión y sus abusos, uno de cuyos párrafos dice así:

«La pornografía se ha convertido en una potente industria que, de hecho, inoculará a la ley. En todos los órdenes de la vida lo indecente alcanza una indiscutible repercusión, porque irrumpe en la Prensa, en los «cines», en los teatros, en las carteleras. La obscenidad busca a la juventud en su propio templo de Liceos y Escuelas y se pavonea públicamente en libros obscenos, en reclamos inmorales, en revistas infantiles».

El lenguaje es claro y tajante. El oportuno para poner al descubierto la magnitud del mal que se trata de combatir, evidenciando la necesidad social de estirparlo.

Pero la indignación de M. Pernot, según comenta un diario, es debida a la consideración de los poderes ocultos de la pornografía que en alud de carácter internacional «todo lo invade y ensucia, queriendo en nombre de una ilustración caucásica, subvertir los principios más firmes del viejo mundo».

Solamente falta ahora que su llamamiento sea escuchado y secundados sus propósitos por otros ministros de las demás naciones. En ese particular no podemos nosotros hacer otra cosa que pedir al Gobierno español sume su voto y su esfuerzo a los propósitos de M. Pernot. Y con toda el alma lo hacemos, puestos los ojos y el corazón en los altos intereses de la Patria.

Lea V.

to las las noches

“El Defensor de Córdoba”

DESDE NUEVA YORK

El juramento masónico

Los diarios de Nueva York publican (y algunos en primera página) que las Cortes de España han votado por una gran mayoría que los militares no pueden pertenecer a la Masonería por su carácter político y por los juramentos que en ella hacen sus miembros.

No es una cosa nueva. En otros países se han tomado iguales determinaciones contra la Masonería y sus secretos, prohibiéndose a los jueces y militares, principalmente, el pertenecer a dicha institución, que pospone a los intereses de la Masonería universal la misma constitución de los pueblos y sus deberes nacionales.

Los Estados Unidos no puede decirse que es una nación en la cual predominen los católicos, y sin embargo, tal vez ningún otro país pueda ofrecer el hecho histórico de haberse organizado con tanta fuerza y éxito un partido antimasonico como el que apareció en las luchas políticas de los Estados Unidos entre los años 1828 y 1834, en el cual militaban, además de los católicos, un gran número de protestantes de todas las denominaciones que constituían la mayoría del partido, y uno de cuyos miembros más autorizados fué John Quincy Adams, sexto presidente de la República, que era protestante.

Cuando se produjo en Batavia, Estado de Nueva York, el escándalo masónico del «William Morgan», en el cual la Masonería desplegó la fuerza de su poderosa organización secreta y la exactitud con que se cumplen los juramentos de los Caballeros Templarios y del Real Arco, contra los que divulgan sus secretos, se levantó en todo el país un sentimiento de defensa y de protesta contra las lógi-
as que en-

contró en John Quincy Adams al más vehemente de sus caudillos.

Los crímenes que se cometieron por las lógi-
as en aquella ocasión dieron motivo al sexto sucesor de Washington en la presidencia de la República de los Estados Unidos para vindicar la memoria de su padre, negando y probando que jamás había pertenecido a la Masonería inglesa o norteamericana, y para descubrir en toda su desnudez como se tramó en las lógi-
as y como se realizó por los masones el secuestro y asesinato de William Morgan, víctima de la venganza masónica.

Cuando John Quincy Adams intervino en la controversia, en algunos Estados existía ya la prohibición de los juramentos extrajudiciales, entre ellos, expresamente nombrado, el masónico, y contra este juramento se mostró implacable el gran político, el cual en una carta a Edward Ingersoll, de Philadelphia, en Septiembre de 1831, decía así: «Es verdad; soy un antimason hasta el extremo. Es mi sereno pensar que, desde la realización de los crímenes cometidos en el secuestro y asesinato de William Morgan, debía de haber sido un deber solemne y sagrado, cívico y social, de cada una de las lógi-
as masónicas de los Estados Unidos, o de disolverse o de abandonar para siempre la práctica de los juramentos y de los castigos, y de toda clase de secretos entre sus miembros, y que debieran abolirse sus variados títulos honoríficos y sus pueriles y ridículas exhibiciones, y que cada uno de sus miembros debería de tratar de convencer a los demás de la conveniencia nacional de suprimir la Orden». Y en otra carta al mismo, escribe esta verdad: «¿Cómo pueden sentirse los ciudadanos defendidos por los militares y amparados por los jueces, si unos y otros pertenecen a la Masonería, a la cual han de obedecer antes que a nadie, so pena de gra-

ves penalidades que incluyen la de muerte?»

Ampliando la exposición político-social de estas palabras de John Quincy Adams publicaron tres folletos los escritores protestantes Greeslin, Degres y Brobckman, que se titulaban, respectivamente, Ritual masónico del Gran Ejército de la República; Juramentos y Castigos, y Carácter de la Masonería, que alcanzaron en aquella época una circulación general en el país.

El crimen masónico cometido por las lógias contra su «hermano» William Morgan, tuvo tal repercusión en los Estados Unidos que, además de organizarse el partido antimasonico, algunas sectas protestantes que en alguna u otra forma habían tenido relaciones con la Masonería cortaron toda simpatía o solidaridad con la misma, ingresando corporativamente en el partido antimasonico, como las sectas de los Hermanos Unidos, los Adventistas, los Antiguos Bautistas, los Congregacionales, los Quákeros y los Luteranos Evangélicos, que hasta hoy no permiten a sus miembros pertenecer a ninguna de las sociedades secretas en los Estados Unidos.

El mismo Adams, tratando otra vez en 1833 de los peligros que existen para la República de que los militares estén solemnemente obligados por el juramento masónico, escribía: «Creo profunda y sinceramente que la Masonería, si no es el principal, es uno de los más grandes males morales y de los peligros civiles que amenazan la Unión».

Esto decía el sexto Presidente de los Estados Unidos, y eso que la República de Washington y de Lincoln nació en los campos de batalla sin Pacto de San Sebastián.

MARCIAL ROSSELL.

New York, Febrero 1935.

Una Presidenta ejemplar

En esta época de revueltas y de violencias sociales descansa y alegra el alma escena como la presenciada hace unos días en Madrid, en la casa social de la Federación de Sindicatos Católicos Femeninos.

La fiesta no pudo ser más simpática, y el recuerdo quedó impreso en el corazón de cuantas personas asistieron a ella.

¿En qué consistió? ¿De qué se trataba?

De un homenaje. ¿A quien? A una obrera. A una obrera que ha militado siempre bajo las banderas de la Iglesia; a una obrera que ha presidido durante veinticinco años la Federación de sindicatos católicos femeninos. A una obrera que comenzó a trabajar en su oficio de bordadora casi al mismo tiempo que comenzaba a vivir ya que bien pequeña, ocho o diez años nada más, principió a bordar y lleva bordando muchos, muchos años, aún ahora que la vista empieza a fallarle, cansada, gastada por su incesante labor en la que adquirió verdadera perfección.

La Federación de Sindicatos ha querido premiar la constancia, la tenacidad de esta obrera al frente del puesto que cuando se creó el primer sindicato de Madrid y de España, el año 1909 aceptó sin saber bien en que consistía una Obra que era completamente nueva en nuestra patria, que *olia* a defensa y energías que mas bien asustaban a la obrera de espíritu apacible y bondadoso pero que ha sabido mantener muy en alto y con toda firmeza la enseña de la autoridad, de una autoridad prudente y siempre mezclada con la bondad, la indulgencia y la conciliación.

Rosa Ruiz se llama esta Presidenta ejemplar que ha sido festejada y agasajada. En su fiesta, hubo la nota de

piEDAD espiritual porque comenzó con una Misa de Comunión general. ¡Cuántas veces la que aquella mañana celebraba sus bodas de plata presidenciales se ha acercado durante estos 25 años al altar para recibir el Pan de los Angeles a postrarse con amor a las plantas de la Inmaculada, Reina y Protectora de la Federación!

Por la tarde, en el amplio salón de la casa sindical católica femenina tuvo lugar el homenaje. La concurrencia fué numerosa, sobresalía el elemento obrero, lo mismo de ellas que de ellos, pues los obreros católicos quisieron avalorar con su presencia la fiesta y tuvieron la gentil delicadeza de ofrecer a Rosa Ruiz un hermoso ramo de flores. También se congregaron elementos directores. Y los que no pudieron acudir al acto enviaron su adhesión, entre ellos el Presidente de Acción Católica don Angel Herrera, la Presidenta de la Confederación Católica de Mujeres Católicas doña María Salas. ¿Quién dijo o propaló la especie de que porque los sindicatos profesionales no pertenecen propiamente a Acción Católica, esta había de desentenderse de los sindicatos y de lo social? Equivocación que había de desaparecer y que los que están al frente de Acción Católica son los primereros en desear que desaparezca y sepa Acción Católica que puede y debe acudir y ayudar moralmente y con todo interés y amor a lo social, a lo sindical.

La figura del que es digno consiliario de la Federación don Celedonio León, fué la primera que apareció en escena en la fiesta de nuestra Presidenta. Explicó el porqué del acto, ensalzó entre otras cualidades la sumisión completa de la obrera a quien se homenajaaba, a las órdenes y meras indicaciones de la autoridad eclesiástica. En esto se diferencia el sindicato católico y el que no lo es. Y por eso no deben los que militan en nuestro campo, asustarse o mirar con prejuicio

olvidando la doctrina de las Encíclicas *Rerum* y *Quadragesimo* estas agrupaciones profesionales. Para los obreros extremistas bien está la censura sobre todo para la doctrina que sustentan, quizá engañados, muchas veces porque no le enseñan otra cosa, pero para los obreros católicos guardemos, porque es de justicia, nuestro cariño, ayuda y admiración.

Poesias alusivas, representación de una escena basada en la Vida del Señor por parte de las aprendizas, cantos... Todo ello adornó bellamente la velada. Lo que constituyó el punto céntrico de ella, el momento de emoción culminante, fué la entrega por la vicepresidenta de la Federación, Dolores Vázquez, a la Presidenta Rosa Ruiz, del premio consistente en quinientas pesetas que sus compañeras y hermanas en la sindicación les ofrecieron.

Poco antes había yo pronunciado unas palabras. Porque convivo en esta Obra con Rosa Ruiz desde que empezó y he sido testigo de lo que Rosa ha trabajado, ha sufrido, pues nunca faltan dificultades y luchas en el campo social y mas en el netamente sindical, y de que manera ha sabido comportarse encontrando nosotras, las que junto a ella las hemos ayudado y seguimos ayudándolas, apoyo facilidades, una lealtad acrisolada, una vida toda ella para Dios, para su trabajo, para la Federación, jamás manchada por el rencor, por la envidia, por chismes y enredos, que se encuentran en asociaciones femeninas matando a veces tantas iniciativas y ahuyentando a quienes pensaron unirse a las que ya forman en sus filas pero que retroceden ante habladurias y murmuraciones.

Mis frases estaban llenas de cariño, no eran puro formulismo. Eran además de absoluta justicia. La Presidenta buena, la obrera católica, la sindi-

cada constante, contestó con breves y sentidas palabras al homenaje que se le hacía. Humilde siempre, parecía al ver su actitud que lo que se decía no era para ella, de tal modo conservaba su aspecto habitual sin otra alteración que la natural emoción que el homenaje le producía.

La elocuencia de otro sacerdote ilustre, el Lectoral de Málaga que asistió a la fiesta clausuró ésta haciendo el resumen de ella y haciendo resaltar la lección que encerraba el homenaje celebrado, de constancia, de labor fecunda aunque silenciosa y a veces ignorada, de virtudes que no los extraños sino los que habíamos sido testigos de ellas cantamos y elogiamos. Como siempre, en estas fiestas, el himno de la Federación que se escucha en pie y que las sindicadas cantan con tanto entusiasmo. En el escenario las abanderadas sostenían sus banderas y en el centro se destacaba la blanca de la Federación con la Inmaculada. Banderas de paz, banderas que piden lo que es justo pero con caridad, con amor.

MARÍA DE ECHARRI.

A Don Engracio Aranzadi

Nuestra Señora del Pilar y el Apóstol Santiago

por don Luis de Zavala

I

En un artículo que publicó «Euzcadi» he visto que niega usted que sean verdad tanto la predicación de Santiago el Mayor en España como la aparición en carne mortal de la Santísima Virgen en las orillas del Ebro.

Creo que si estos memorables y gloriosísimos hechos hubieran tenido lugar en cualquier parte del mundo que no fuese España, no se le hubiera

ocurrido a Vd. negarlos. Lo digo porque hechos que no merecen la centésima parte de crédito, tales como la supuesta batalla de Arrigorriaga, los admite Vd. como verdad evangélica.

Todo esto es sin duda obra de una gran pasión política, improcedente por mal fundada, y más propia de jóvenes casquivanos que de un veterano como usted, que ya peina canas.

Pero sea de esto lo que fuere, yo me propongo en estas líneas presentarle las poderosas razones que vienen en apoyo de la antiquísima y piadosa tradición que afirma que Santiago fué el primero (año 38 de la Era cristiana) que esparció en España la semilla del Evangelio, y quien erigió la primera capilla que tuvo en el mundo la Madre de Dios, en el lugar mismo en que se le apareció, antes de su gloriosa ascensión a los Cielos: en Zaragoza y muy cerquita del Ebro.

Aunque esos dos hechos aparecen en la tradición de la Iglesia de España íntimamente unidos, voy a tratar por separado de ellos, como distintos que son el uno del otro, para que así queden más patentes los testimonios que a uno y otro se refieren especialmente.

Empiezo por la venida del santo Apóstol a España. Dice Menéndez Pelayo que sería temeridad negarla, pero que tampoco está muy seguro de su verdad.

Desde que el ilustre escritor montañés publicó su notabilísima obra «Los Heterodoxos Españoles», en 1884, han pasado bastantes años, los suficientes para que la crítica histórica disipe todas las dudas.

He aquí algunos documentos históricos insignes. Primero, el Misal gótico o muzárabe, que trae el siguiente notable himno que doctos escritores hacen remontar al siglo IV:

Regens Joannes dextram solus Asiam,
Eyusque frater positus Spaniam,
Caput refulgens aureum Spanice.

Herichio, obispo de Salona, escribió la vida de San Clemente en el siglo V, y dice terminantemente que Santiago fué enviado a España por San Pedro.

San Isidoro, arzobispo de Sevilla, consigna la venida de Santiago en su libro «De orto et obitu Patrum» en el siglo VII.

El P. Florez, en su España Sagrada, también la admite.

Las peregrinaciones múltiples y numerosísimas de fieles de toda la cristiandad, haciendo viajes larguísimos, molestísimos y muy expuestos en aquellos tiempos para visitar a Santiago en Compostela, formaban el trío de peregrinaciones clásicas con las de Jerusalén y Roma en aquellas edades de viva fe. Y esos viajes sagrados y de penitencia no tienen explicación posible sin la creencia de todo el pueblo cristiano respecto a la predicación de Santiago en España. Todo esto ¿no le dice a usted nada, señor Aranzadí?

Una de las objeciones más fuertes en contra, es sin duda la opinión del Cardenal Baronio, que hizo que Clemente VIII modificase en ese sentido la lección del Breviario. Pero se resuelve fácilmente considerando que otros doctos escritores del mismo tiempo salieron a la palestra, entre otros nuestro gran historiador y filósofo P. Juan de Mariana, de la ilustre Compañía de Jesús, con su célebre tratado «De adventu B. Jacobi Apostoli in Hispania», escrito con elegancia, método y serenidad de juicio, (según afirma Menéndez Pelayo), que se declara en contra de lo dicho por Baronio. Resultado de todo esto fué que el Papa Urbano VIII restableció en el Breviario la lección antigua. Esto es muy importante.

La oposición de Baronio se debió únicamente a la circunstancia de que algunos piadosos, pero indoctos miembros del templo del Pilar, quisieron robustecer la piadosa y razonable creencia de la visita de Nuestra Señora

a Santiago, con otras tradiciones y leyendas que rechaza la sana crítica. Baronio las enfrentó con hechos históricos ciertos que las contradecían, y por eso se declaró contrario a la tradición del Pilar, y consecuentemente contra la predicación de Santiago en España, íntimamente relacionada con ella como antes he dicho.

Pero ya las narraciones increíbles, por lo inverosímiles, se han separado de la verdadera como el oro se aísla de la escoria en el crisol, y la verdad ha brillado completamente, gracias a posteriores trabajos críticos, hasta tal punto que, como muy bien dice el Dr. D. Agapito Martínez Alegría, canónigo bibliotecario de la Colegiata de Roncesvalles (en la interesantísima obrita histórica que con ese título y el de «El brujo de Bargota» ha publicado) el hecho glorioso de la aparición de la Santísima Virgen al apóstol Santiago es una verdad rigurosamente histórica y casi teológica. Así lo dice persona tan competente.

Abonan este aserto los cantos del célebre filósofo y poeta lírico Prudencio en el siglo IV, que nos habla en sus rimas de la iglesia cesaraugustana de María como iglesia de los tiempos apostólicos. Un documento del siglo IX que describe el templo mariano como principal cabeza de las demás iglesias muzárabes, de lo que se deduce que estaba en pie antes de la invasión de los moros, ya que el poder musulmán no permitía que los cristianos construyesen nuevas iglesias durante su dominación; y es también importantísimo por varias razones el apodíctico documento del Obispo D. Pedro de Librana (siglo XII) haciendo un llamamiento a todos los fieles de España para que le ayuden a levantar el antiquísimo templo de la Virgen María. Firman ese documento el Legado apostólico, el Arzobispo de Toledo y los Obispos de Huesca, Calahorra y Lescar, villa hoy de la Navarra fran-

cesa (Baja Navarra). Tome Vd. nota de lo de Lescar, señor Aranzadi.

Con eso daban a entender estos señores Obispos que el templo de Zaragoza no era templo privativo de una ciudad particular únicamente, sino también templo de toda España, pues la había erigido el santo Apóstol a consecuencia de la visita que le hizo en nuestra Nación la Santísima Virgen ocho años antes de su fallecimiento, y cumpliendo su encargo.

Un desatino

Una crónica de Nueva York nos trae una noticia de esas que ya apenas producen sensación en el público europeo, acostumbrado a las excentricidades del país de los trust y de los divorcios.

Esa ciudad norteamericana de Reno goza ya la fama de explotar como un negocio la disolución de matrimonios con los mismos caracteres que Montecarlo explota el juego, y solo en una psicología americana se concibe contar con una ciudad dedicada especialmente a conformar a los disconformes dando aires de solemnidad y de seriedad a una superchería. Porque solo en psicologías tan infantiles como las de los americanos cabe suponer que tengan fe y den carácter social a unas decisiones puramente formularias, como si por poner la etiqueta legal a una cosa ya se pudieran arreglar las cuestiones morales que esas mismas cosas extrañan. Es decir, que la cuestión de moralidad, para ciertos americanos, estriba por lo que se ve en el buen o mal humor con que se levantan un día los jueces de Reno.

Esta vez le ha tocado hacer la película a una hija de Roosevelt. Casada y con dos hijos. El nuevo marido a tenido que descasarse también para poder volver a recasarse, puesto que

los matrimonios se hacen allí y se deshacen como quien se bebe un vaso de agua. Los laicos suelen dar a esto unos nombres enfáticos y sonoros, y a lo que los españoles llamamos sencillamente veleidad, sensualidad, o cosa peor, ellos le llaman «vida», y con esto se guardan las formas y no padece la sociedad.

* *

Bien, se ha «casado» esa señora madre de dos hijos con otro hombre, padre, a su vez, de otros seres inocentes, y que van a ser responsables de las decisiones de estos recasados que van a «vivir su vida», como ahora se dice. Y una de las cosas más curiosas en este nuevo recasamiento es que los nuevos recasados se han apresurado a participar su buena nueva y ofrecer su casa a los antiguos cónyuges de uno y otro. Como es natural la cortesía americana que no tolera la incorrección de la «crueldad mental», como se llaman allí a los celos, se ha considerado obligada a guardar las formas y se ha apresurado a contestar a los telegramas de participación del fausto acontecimiento, haciendo votos por la felicidad y la nueva unión de los nuevos candidatos al posible error de elección.

Pero he aquí que contando esto ayer mismo a uno de nuestros hombres de campo se me quedó mirando con cierta duda.

—¿Pero eso que cuenta usted es en serio?—me preguntó.

—Absolutamente en serio.

—Pues entonces yo le digo a usted que esos hombres son cualquier cosa..

—¿Porqué?

Y este hombre de nuestro campo me refirió entonces el suceso acaecido a un compañero suyo y que voy a trasladar aquí a los lectores de este periódico para que vean cómo interpreta esas cosas el sentido español,

* *

Juanón, el rudo labriego con alma campesina y rudimentaria. Primeros tiempos de leyes laicas con las que se preparó tan rudo ataque a la institución de la familia española que era única en el mundo. Divorcio. Juanón y la Nicolasa. Bullangas de la Casa del Pueblo con cualquier pretexto laico. Había que divorciar a este matrimonio que no se llevaba bien para dar ejemplo de «Conciencia y autenticidad». Un abogado picapleitos, metido a «redentor» se encargó de tramitar el asunto. Fallo de los tribunales. Manifestación pública con banderas rojas porque el párroco venía sosteniendo que el matrimonio católico, como el que habían celebrado Nicolasa y Juanón, era indisoluble y el divorcio legal era una trágala a la reacción.

—Y pa separarte de la Colasa era preciso que anduvieras en pleitos y abogados? Tan sencillo como era seguir como estábais cá uno en su casa y se acabó.

Pero Juanón dió entonces la razón, que acaso fuera su intimidad la suprema juridicidad del caso.

—Es que si no me divorcio me podía pedir siempre la Colasa la mantención.

—¿Pero ahora no?

—Ahora lo mío es mío y lo suyo suyo. Además que, según el abogao, me puedo volver a casar.

* * *

Efectivamente nunca falta «un roto para un descosido», como me decía este hombre de campo con el sentido tradicional que todavía constituye por fortuna el fermento espiritual del pueblo. Juanón se recasó con una mujer de cierta fama, con lo que asentó un terrible golpe al laicismo, porque quedó desacreditado para mucho tiempo el divorcio con nuevas uniones si éstas habían de ser como la del «binubo», como decía el abogado redentor copiando la palabreja de la redacción

que dió a la ley don Fernando de los Ríos.

Y un buen día corrió por el pueblo la noticia de que Nicolasa, a imitación de lo que había hecho antes Juanón, se casaba también. Y se casaba con un amigo del «exmarido», otro camarada y conspicuo rojo de los de fe absoluta en la bandera colorada y en el paraíso terrenal de Rusia.

Pero ocurrió que en la misma taberna donde se reunían el nuevo aspirante a la exconsorte de Juanón hubo de contestar a algunas preguntas relacionadas con el asunto.

—¿Con que la Colasa, eh?

—Eso pretendo.

A continuación se permitió hacer como un retrato físico de la pretendida. Todavía de buen ver, garbosa, limpia y algo de opiniones particulares que él creyese del caso exponer para el día de la boda. No había contado con que cerca del grupo donde hablaba estaba Juanón y se había dado cuenta de los elogios que el camarada en plan casamentero hacía de Nicolasa.

Frente a frente Juanón del camarada.

—¿Se puede saber qué estabas hablando de mi mujer?

—¿Tu mujer?

—Sí, mi mujer, ¿qué pasa? O es que te crees tú que porque yo esté descasao ya pué dirse ella con el primero que se presente?

Y hubieron de sacar de la taberna al aspirante a la mano de la posible «binuba» en una camilla.

Y cuando me hizo este relato nuestro campesino opinó:

—¿Vé usted? Ese es un hombre y así somos en España los hombres.

* * *

—¿Mejor? ¿Peor que en Norteamérica? Yo no lo sé, pero sí que en el fondo de esa psicología española hay algo que hasta moralmente se satisface más con la intransigencia. Más be-

llo, mucho más bonito, considerar a la mujer como coto cerrado a las variaciones, aunque el hombre más ruín, más grosero, no sea capaz de elevar su idealidad a la altura de la mujer,

Porque me advertía nuestro campesino una cosa.

—Tenga usted en cuenta que too lo del recasorio de la Colasa no eran más que habladurías de las malas lenguas; que esa mujer no pensó nunca en hacer tal desatino.

Tal desatino. Bendito sea el lenguaje de nuestros hombres de campo que creen todavía, a pesar de las leyes laicas, que una mujer que disuelve sus vínculos morales hace un desatino.

ANTONIO REYES HUERTAS,

DE LA ACCIÓN CATÓLICA EN EL MUNDO

Valores de Liturgia

Los éxitos de recristianización integral que en los primeros planos del *Osservatore* y de *La Croix* destacan hoy L. Minzolini y Pierre Doumaine, ponen entre los puntos de la pluma el título de la croniquilla, pluralización verbal de otro que encabeza uno de los admirables libros del Primado de España, Dr. Gomá.

Cuando hace veinticinco años se iniciaba en Bélgica la campaña liturgista—más que novedad, renovación—, decía el benedicto Beauvuin que una de las causas y no de las menos eficaces en el proceso de indiferencia e ignorancia religiosas, era el desconocimiento de la liturgia, del profundo y entrañable simbolismo de cada ceremonia eclesíastica. Los fieles suelen asistir a misa y a los demás actos del culto con presencia meramente material y física, sin darse cuenta del alcance doctrinal y poético del rito; restituir por tanto al pueblo el

significado del altar y templo, vestiduras y ornamentos, canto y rezo, equivale a educar y formar la inteligencia y el sentimiento religioso. Con este programa por bandera en el libro y en el púlpito, en la escuela y en el seminario, en asambleas y jornadas de estudio y realización, la nación belga que en tantas cosas ocupa la primacía europea, de tal suerte se ha percatado de la importancia que tiene la participación consciente y activa de los fieles en las manifestaciones externas de la religiosidad, que hoy apenas queda parroquia por pequeña que sea en la cual el canto sagrado, deje de ser función armónica y coherente entre párroco y feligreses, en que la misa no sea seguida por quienes la oyen, participando oral y espiritualmente con el sacerdote que la celebra.

Algo parecido empieza a acaecer en Italia gracias a la propaganda que desde el año 1914 viene realizando la *Revista Litúrgica* que fundó el P. Caronti, a la voz inflamada y vibrante de este escritor, eco y resonancia de la autorizadísima de Pío X, respondieron otras que desde Milán con la revista *Ambrosius* y desde Turín con *Liturgia* extendieron por todo el ámbito nacional el anhelo de conocer a fondo la simbología cristiana, no solo por el loable afán de cultura sino principalmente por añadir al conocimiento el amor.

Los Congresos de Biescia, Vicenza, Palermo y Génova han obrado la gran reacción que en nuestros viajes a Italia durante el Año Santo pudimos observar personalmente, advirtiendo en los resultados de la propaganda, el avance, la penetración en el alma popular de una piedad más sólida e ilustrada, más eclesíastica, si vale la palabra, ya que se tiende a que cada día y cada época del año litúrgico, el pensar y el sentir, la oración y el canto se acomode al sentido de la Iglesia

El mismo arte, lo observamos también en la Exposición Internacional de Roma, el mismo arte en imaginiería y pintura, entre vidrieros y orfebres, se depura y espiritualiza merced a la educación litúrgica que reciben los artistas en la escuela milanese de Fra Angélico.

Otro argumento del poder formativo, de la eficiencia que en el pueblo cristiano tiene este linaje de cultura, pudimos apreciarlo también en la República Argentina con ocasión del Congreso Eucarístico y es mérito de los Benedictinos españoles quienes primeramente difundieron entre la clerecía y más tarde lo pusieron en práctica entre los fieles. A la puerta de todas las iglesias se distribuyeron hojas y folletos divulgadores del contenido histórico, sacramental y litúrgico de cada una de las partes de la Misa. Con este medio tan eficaz como atrayente la celebración del Santo Sacrificio acrecienta la solidaridad y compenetración del sacerdote con los fieles. Se empapan estos del espíritu de cada palabra, del alcance sagrado de cada movimiento, de la elevada finalidad de todas y cada una de las ceremonias y viven el hecho sin peligro de caer en el desgano y aburrimiento, tan probables, cuando no se atiende lo que el celebrante va diciendo, sin riesgo de caer también en el diletantismo litúrgico, que solamente repara en lo ornamental, con el elemento imaginativo, como estimulante literario y artístico.

¿Habrá que ponderar la necesidad de difundir cada día con mayor ardimiento, la importancia que para una Acción católica, íntegra y perfecta tiene la liturgia? Nada ha defendido tanto la Iglesia como la pureza de su doctrina, la importancia sin quitar tilde de su moral y el decoro de su culto.

También España, si bien con más perezoso ritmo que las dos naciones citadas, avanza y se extiende el amo-

roso cultivo de estos valores eclesiásticos. En Cataluña y en las Vascongadas principalmente la educación litúrgica gana terreno. «El Foment de Pietat» del que tantas veces hemos hablado con encomio, la «Schola Cantorum de Bilbao» realizan una labor prodigiosa. Pero es poco todavía. Espera el surco más semilla: sobre la tierra yerma de aldeas y ciudades tiene que actuar con redoblada energía el arado de la palabra que diga al pueblo fiel, qué representan en oración las fórmulas, en la devoción las actitudes, en culto la magnificencia externa; que conozca y ame las excelencias de simbolismo, alma del ceremonial y que este amor sea vida de su vida religiosa.

J. POLO BENITO

Laicismo y Liturgia

La Liturgia contra el espíritu del laicismo

Así como la vida del hombre sobre la tierra, según el testimonio del libro sagrado, es una lucha, un no interrumpido combate, así también los pueblos y las sociedades deben luchar y combatir para conservar y defender su propia vida.

La misma Iglesia católica, que es la más perfecta de las sociedades, puesto que es obra e institución del mismo Jesucristo, Dios y hombre verdadero, en tanto que dura su peregrinación sobre la tierra, debe luchar, debe sostener un constante combate con aquellos sus enemigos que pretenden su ruina y derrumbamiento.

Leyendo las páginas de la historia de esta misma Iglesia, veremos que desde los primeros días de su aparición no ha cesado de luchar. Y es que así como Jesucristo fué combatido,

así lo es su mística esposa la santa Iglesia. Ella se ha mantenido firme en medio de todas las persecuciones, y esta firmeza que le viene de su mismo divino Autor, es una garantía, la más segura, de que también saldrá victoriosa de las luchas que ha de sostener en nuestros días.

Ahora bien, la lucha que en nuestros días ha de sostener la santa Iglesia, ¿cuál es, sino contra el laicismo? El laicismo, he ahí el más formidable enemigo de la actuación de la Iglesia católica en favor de los individuos y y de los pueblos.

Pero, y ¿«qué es el laicismo»? El laicismo no tiene otra pretensión que ordenar la vida y toda actuación humana, sobre todo la social y pública, prescindiendo de Dios. El hombre hecho Dios de sí mismo. El hombre prescindiendo de un Dios Creador, de un Dios Providencia, de un Dios remunerador. La sociedad, se dice, ha llegado a su mayor edad, y así como cuando el hombre ha llegado a mayor edad, ya es suficiente a sí mismo, y no necesita de la tutela de otro, así ahora la humanidad ha llegado, dicen, a tal grado de perfección que ya se basta a sí misma, y ya para nada necesita ni de la religión ni de Dios.

Así ratiocina el laicismo. Con este su modo de ratiocinar va directamente contra la misión primordial de la Iglesia católica. Ella precisamente ha sido instituída para conducir los hombres a Dios, y si el hombre para nada necesitase de Dios, la misión de la santa Iglesia sería nula, dado que toda la actuación de la misma no consiste sino en mantener vivo el conocimiento de Dios, recordando constantemente los deberes que tiene el hombre para con su Criador, de quien depende necesaria y absolutamente, tanto por razón de su origen como por ser El el único que puede satisfacer las aspiraciones del corazón humano con la verdad y el bien que en él residen como en su fuente única e inagotable.

El laicismo es la herejía moderna. El laicismo es como el compendio de todos los errores y de todas las herejías.

El laicismo es en gran manera temible, porque tiene el terreno muy bien preparado. La volubilidad e inconstancia del hombre, su horror a la reflexión y a la vida seria y ordenada, su deseo de independencia y de no tener que dar cuenta de sus propios actos, favorecen poderosamente la actuación destructora del laicismo.

El laicismo quiere prescindir de Dios y de todo cuanto se refiere al orden sobrenatural. Es un pelagianismo social moderno. Para él sólo existe el hombre, y éste tan sólo debe preocuparse de sí mismo. El laicismo es un ateísmo algo más que práctico. El laicismo, pretende, ante todo, que la sociedad como tal, ninguna relación guarde con la religión, ni con Dios. El laicismo imagina una organización social de tal suerte establecida, que en ella nada signifiquen ni Dios ni la religión revelada. Así establecida la sociedad, sueñan los defensores del laicismo que poco a poco el individuo ya para nada se acordaría ni de Dios ni de los deberes que impone la religión.

El laicismo es, por lo mismo, el enemigo que con más saña pretende levantarse contra la santa Iglesia en nuestros días. Mas, por poderoso que sea este enemigo, por numerosos que sean sus recursos, por más que cuente con copiosas armas, la santa Iglesia es más poderosa que él, y la santa Iglesia conseguirá de él una gloriosa victoria, sin necesidad de acudir a nuevos recursos.

Todo ese coloso que tanto se esfuerza en edificar, y construir y levantar la obra de la civilización moderna prescindiendo de Dios, «no podrá resistir a la fuerza que reside en la práctica de la virtud de religión, o sea en la sagrada liturgia».

R. P. GUBIANAS, O. S. B.

Camino del Calvario

Por más que miro y vuelvo a mirar no sé ver en la humanidad más que una interminable procesión de hombres y mujeres yendo cuesta arriba, camino del Calvario. Ni uno descubro, desde el niño de un día hasta el anciano decrepito, que no tenga su atención puesta en lo que es para uno objeto de horror y para otros de salvación.

Es la cruz, que la divina Providencia destinó a cada cual, compañera inseparable, después del pecado. Quienes están forcejeando únicamente hacerla más pesada; quienes la arrastran a modo de viles jumentos, sin apenas dar muestras de amor ni repugnancia, como quien no tiene conciencia del valor de los propios actos; quienes, finalmente, la abrazan amorosamente y la llevan como la tierna madre lleva en brazos, recostado sobre el hombro, al hijo de su corazón. En los primeros se descubre el odio y la rabia como origen de sus esfuerzos, y en los segundos, la degradante indiferencia, mientras que en los últimos se ve el amor que da vida y encanto a cuanto toca.

En la confusión de la multitud que se mueve, influida por un torbellino de pasiones, se ven caras y cruces, siendo las unas el reflejo de las otras.

En momentos dados, parece que hay movimientos concertados de la multitud para uno u otro; pero el ojo escudriñador pronto descubre el individualismo más deslindado, cuya expresión representa el esfuerzo de los egoístas para librarse de la propia cruz, cargándola sobre el prójimo; y la generosidad de los caritativos, los cuales, olvidadas de la cruz propia, ayudan a los demás a llevar la suya, practicando el consejo del Apóstol: «Alter alterius onera portate».

De vez en cuando se oyen voces de

ilusos que quisieran allanar la cuesta del Calvario y talar el bosque de las cruces, pretendiendo desterrar del mundo las espinas y el sudor y la confusión que son frutos del pecado. Tales pretensiones prescinden de la Providencia de Dios, y nunca podrán prosperar contra la divina sentencia, la cual, convirtiendo en triaca la ponzoña, ha hecho de las espinas y de las humillaciones el mejor adorno de las virtudes que son las joyas del alma. Y con ser la cruz obra del hombre prevaricador que se la fabricó al desobedecer a su Hacedor, la convirtió el Redentor en trono de sus amores, quitándole toda pesadez al cargarla sobre sus divinos hombros, honrándolas sin medida al ser en ella ensalzada. Benditos trabajos y humillaciones que Jesús escogió para sí; bendita la cruz realzada por la persona de mi Señor.

MUNDO CATÓLICO

Elogio del cristianismo

No es ningún apologista, ningún teólogo, ni ningún militante de la Acción Católica quien ha escrito las siguientes líneas que constituyen un entusiasta elogio de nuestras creencias. Es un diputado socialista francés, de quien nos ocupábamos no hace muchos días, y que no creemos está muy distante de abjurar los errores que ha profesado durante toda su vida para pasarse al catolicismo con armas y bagajes.

No es tampoco ningún artículo periodístico. Son fragmentos de un discurso pronunciado no ha mucho en París, con ocasión de un acto celebrado por los religiosos veteranos de la gran guerra.

«Debo confesar, dice M. Chastanet,

que la doctrina cristiana me apasiona cada vez más. Cuando nuestros partidos y nuestros programas se quiebran como el más frágil cristal, ¿no es extraordinario que tan solo la doctrina de Cristo resista todas las pruebas, desde hace más de diez y nueve siglos?

Cada vez que tratamos de apartarnos de su influencia no tardamos de sufrir las consecuencias de nuestro apartamiento. De la misma manera que la antigüedad griega o romana en plena decadencia, así nuestro materialismo grosero nos ha valido una sociedad escogida donde dominan los comerciantes, los usureros, los financieros, los esclavos, los locos, los cortesanos, los comediantes, los retóricos, los políticos.

Nos hace falta una mística y por más que busco no encuentro otra que la cristiana.

En Alemania socialistas y comunistas han capitulado desde el primer día delante de Hitler. Tan sólo los fieles de la Religión de Cristo ofrecen una resistencia que no carece de mérito.

Otros dos ejemplos debiéramos meditar pero nunca imitar. Los Estados Unidos, donde ayer el oro era soberano, el banquero era rey, los negocios acaparaban todo el pensamiento humano, han pagado un pesado tributo al error cometido. La Rusia bolchevista donde el maquinismo devora a ciudadanos y campesinos, acumulando una producción insensata, corre al abismo.

Faltos de medida y de moral los hombres y los pueblos no tardan en ser arrastrados por el torbellino de las fuerzas que en ellos mismos han desencadenado.

Necesitamos una mística y sin ella no es posible la paz en el mundo.

¿Dónde está la paz? No la encontramos ni en los corazones, ni en los espíritus, ni en los hechos, ni en los hombres, ni en los pueblos. Los cora-

zones y las almas son presas de la duda, de la envidia, del odio. El hombre no está tranquilo, tiene miedo del mañana. Los hombres entre sí no conocen ya la ley del amor, la ley de Cristo, sino la ley de la selva.

En cuanto a los pueblos, se batien en lucha de tarifas aduaneras por el carbón, por el petróleo, por el algodón, por el trigo. El dios, el único dios que se tiene en cuenta es el dinero.

Los que corremos detrás de la paz verdadera sin llegar a alcanzarla, no podemos menos que sentirnos atraídos por aquellas palabras de Jesucristo: «Yo os doy mi paz. Yo no os la doy como la da el mundo...»

Palabras de pura verdad. El mundo, en efecto, no ha sabido dar ni la tranquilidad a las almas, ni la seguridad a las naciones, porque evoluciona lejos de toda mística.

La paz es el ritmo armónico de nuestras debilidades y de nuestros méritos, de nuestras villanías y de nuestras bondades, de nuestros sufrimientos y de nuestras alegrías, de nuestras ambiciones y de nuestros sacrificios. La paz es el más hermoso trabajo de la poesía humana. Los salvajes, los bárbaros que no tienen fe ni ley no alcanzan a comprender toda su nobleza, los mal civilizados tampoco».

Las almas sinceras son siempre dignas de atención aunque procedan del campo del error. Si han militado por un ideal equivocado y reconocen más tarde la verdad son dignas de admiración. Es muy raro encontrar en el mundo un hombre como M. Chantane que, militando en el socialismo, no se haya dejado cegar por los prejuicios, por la pasión o por las conveniencias políticas.

Ya ha dicho que había acariciado muchas ilusiones que se le han esfumado y que actualmente sólo coinciden con el socialismo en cuanto significa fraternidad humana.

Para nosotros quiere decir que no guarda del socialismo ni la corteza, pues, no creemos que con su sinceridad acostumbrada llame actos de fraternidad humana los espantosos crímenes cometidos en Asturias, por ejemplo, en nombre de este mismo socialismo.

El socialismo francés ha perdido definitivamente a uno de sus valores más positivos. Quien de esta forma habla de los religiosos y de los ideales del cristianismo no tiene nada de socialista.

MARTÍN D'AYMER.

Teatros y Cines

Cines

Escándalos romanos.—Es mayor el deseo que se advierte de lograr una buena producción, que el éxito conseguido en realidad. En el terreno moral, siendo inofensivo el argumento y de la parte fundamental, se recrea en plasticidades y licencias, muy de la época quizás, pero cuya supresión ni restaría autenticidad, ni empobrecerían el ambiente.

Medio millón y una novia.—Si el objeto es hacer reír—no puede ser otro se consigue, aunque algunos procedimientos no sean de alabar, por invadir el más absurdo astrakán. La limpieza moral es absoluta, desenvolviéndose la película con el mayor decoro.

Te quiero y no sé quien eres.—Prescinde por entero de la lógica, sin otra pretensión que entretener, y ciertamente lo consigue sin recurrir a rebuscados procedimientos, sino merced a discreta comicidad que fluye de las mismas situaciones. Solo algún pequeño reparo debido a la contumacia en las efusiones cariñosas puede oponérsele en el aspecto moral.

No temas al amor.—Inofensiva comedieta, graciosa, con tipos cómicos (alguno muy bien visto y estudiado), en la que se barajan escenas de confusiones y cambios, en caracteres y personas, tan propicias siempre a producir el más desbordante regocijo. Solo un entrevistado adulterio, que no llega a definirse, es el escollo digno de ser señalado.

Un capitán de cosacos.—Roza el tema de la tragedia del «mujik» ruso sin adentrarse en él, desviando la acción por caminos amorosos en los que se entrelazan algunas escenas inconvenientes con alusiones a ilícitos amores y fáciles amoríos. Afortunados algunos momentos musicales, se alargan con exceso.

Canción de primavera.—Sigue la racha de las cintas a base de ensayos de la opereta o de la revista que ha de proporcionar el éxito a un autor cómico o cantante. Esta pudiera ser modelo en su género si no se alargaran innecesariamente las situaciones por los valiosos elementos que reúne. Una pareja de buenos cantantes, moralidad absoluta, preciosas vistas, una partitura agradable y un discreto grajeo a todo lo largo de la interpretación.

La Hermana San Sulpicio.—Por segunda vez se ha llevado a la pantalla la popular novela de don Armando Palacio Valdés. Nos complace reconocer que la actual adaptación ha sido hecha con mejor fortuna que la primera. Hay aquí ya auténtica cinematografía. La película está dirigida con extraordinario acierto y realizada maravillosamente. La fotografía es limpia y clara en todo momento. El sonido perfecto.

Madame Du Barry.—El afán de lo frívolo ha vuelto a traer a la pantalla la semblanza de la cortesana. Después de la serie de «films» hechos en torno a la Pompadour, con mayor o menor fortuna, nos llega ahora el de

Madame du Barry. Desfilan por la pantalla con toda plasticidad las escenas típicas de la vida cortesana y aun las que ha visto en su fantasía el realizador del «film». Y ello basta para calificarlo, por mucho que quiera cubrirse con la historia, la inmoral en en todos sus aspectos: de asunto y de forma.

Sor Angélica.—Se basa el argumento en un falso incidente, que convierte en religiosa a una muchacha engañada y que abandona el mundo, dejando a su recién nacido en poder de los ricos padres de su seductor. A partir de esta falsedad de origen ya la cinta se hace más humana. La cinta se sostiene en su totalidad en un tono moral digno de alabanza y aparte el convencionalismo inicial ya señalado, el resto se halla más bien impregnado de sanas consecuencias, puesto que aparece destacado el mal que se recibe cuando no se procede rectamente, y se desoye la voz de la conciencia y el sano consejo de los padres, y en cambio los actos reprobables reciben su justo castigo.

Un truco genial.—Una película francesa. Es decir, resortes de vodevil y «chansons». Lo menos cinematográfica posible, como casi todas las obras francesas de la pantalla en este género. Pero muy divertida, más por el diálogo, los trucos del lenguaje y las salidas ingeniosas, que por las situaciones y por el movimiento.

El misterioso señor X.—He aquí una buena película policiaca. La cinta está concebida en un tono de vivísimo interés cinematográfico y enlaza a un tema sentimental que sirve de base para la redención de ladrón que termina por facilitar heroicamente de otro cruel asesino. Sirvese para el desarrollo del asunto de los trucos más ingeniosos, haciendo caso omiso de las truculencias tópicas y de las vulgaridades sensacionales. Limpio y

decoroso el «film» en todo instante es una joya del género policiaco.

Mi mujer hombre de negocios.—El título responde a la acción movida y fina de toda la comedia. Mujer ambiciosa, decidida, que quiere sacar a su marido de la vulgaridad y elevarlo de categoría social. La obra transcurre rápida, cinematográfica y desenlaza agradablemente. Limpia de fondo, es además correcta de desarrollo. Su técnica fotográfica es esmerada y moderna y la interpretación es acertadísima.

Aves sin rumbo.—Estas aves hacen alusión a dos héroes aeronautas. Esos héroes típicos de películas, encanto de las niñas cursis y sentimentales. La película está bien de fotografías y es limpia en lo que respecta a la moral. En el diálogo, aparte del tonillo, luce la jerga localista con frases que nos hacen reír por sí solas.

Capturados.—Si la escena admitiera se toda clase de falsedades, se pudiera considerar viable esta producción que intenta mantener la trama con atisbos de interés, poniendo en juego personajes falsos, situados en ambiente falso y creándole situaciones en pugna con la verdad. Todo es acomodaticio y fácilmente se salva la más dificultosa situación con una incomprendible pirueta que desfigura por completo los caracteres. Pertenece a la serie de películas en que todavía se presenta el alemán de la gran guerra con negros tintes de crueldad, embozado en inverosímil caricaturesca rigidez disciplinaria. Por otra parte, para dar idea de un adulterio hacía falta tan cruda alusión en una carta de descarnado estilo.

Compañeros de juerga.—Se trata de los consabidos amigos que para correrse una vulgar juerga simulan un viaje, en este caso por prescripción facultativa, y burlan de este modo a sus celosas y desconfiadas consortes, que, lógicamente, descubren el truco

que termina con la consabida destrucción de loza en la persona del paciente marido. En lo moral no se puede poner más reparo que algunas danzas de pretensiones orientales, pero de auténtica lubricidad.

Chucho el roto.—No hay que decir más para saber que el Chucho es un bandolero. La película es tan pobre de recursos escénicos como de diálogo y de interpretación. Algunos robos quieren ser ingeniosos pero pasan la raya de lo inverosímil. En lo moral es pasable.

El difunto Christopher Roan.—Una comedia sencilla y limpia con ligeros reparos de orden moral, que en más de una ocasión logra despertar una risa franca.

Marinero en tierra.—La película tiene poco de exhibición de escenas de la armada. Aunque no le faltan algunas primorosas vistas de buques de guerra, principalmente porta-aviones. La comedia es sencilla, ingenua, sin más trama que la que un pobre marinero, tipo cómico, resulta héroe por casualidad. Sin degenerar en lo burdo mantiene su tono ameno y agradable y no se mancha con atrevimientos de ningún género.

El noveno huésped.—El absurdo convertido en película. Desde el primer momento predomina la preocupación de realizar una cinta terrorífica, que sobrecoja y deleite a los espectadores que gusten de las emociones fuertes. La técnica está bien orientada. En los primeros lances la originalidad de las situaciones que afronta puede interesar, pero bien pronto las escenas se repiten y los acontecimientos se hacen monótonos por esperados.

El gato y el violín.—Una grata comedia musical a base de una partitura agradable y movida que proporciona dinamismo y agilidad a todo el «film». Algunos reparos merece en el aspecto

moral en una conveniencia anómala que no tiene adecuada explicación, a más de los consiguientes excesos pasionales.

La casa de Rothschild.—Se trata de una apología de la conocida familia de banqueros, en la que se pretende poner de manifiesto la dignidad con que siempre ha procedido, siguiendo los consejos dados por el primer Rothschild, que aconsejaba proceder siempre dignamente. No falta alguna que otra escena de expresiones excesivamente afectivas y se aprovecha para presentar bonitas perspectivas, cultivando el lujo y el esplendor en aquellos momentos que lo requieren.

Carlomagno.—Puede considerarse como la película de las decepciones. En primer lugar, no roza en absoluto episodio alguno histórico, como quiera desprenderse del título, pues éste Carlomagno no tiene nada que ver con el ilustre guerrero, hijo de Pepino y segundo de los carolingios. Por añadidura, en el afán de producir comicidad, se insiste excesivamente en las escenas desarrolladas en la isla que sirve de refugio a los naufragos, lo que consigue que la película llegue a cansar, a pesar de la acertada actuación de los intérpretes y algún que otro momento de fina gracia, aunque en realidad no abunde, y sí, en cambio, la sal gorda, que irrumpe en lo chabacano.

Una vida por otra.—La mayor parte de la cinta transcurre en un juicio oral, en el que el fiscal y defensor se debaten porque triunfen sus diversos puntos de vista en causa criminal que se sigue por un asesinato. Se manejan las escenas carcelarias, los sentimentalismos fáciles, los viejos recursos, muy usados en esta clase de cintas de tan dudosa moral, que empieza con un crimen y termina con un suicidio, y por añadidura, se amalgaman estos elementos en un conjunto deslabazado, frío y enteramente falso.



Perfecta elaboración de **VELAS PARA EL CULTO**

según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 4 diciembre 1904.

Fabricadas a base de ceras puras de abejas de Andalucía por la antigua y acreditada

Cerería Pontificia

Andújar (Jaén)

Fundada el año 1840

Marca «**CERA**». Para la Santa Misa y cirio Pascual.—Estas velas contienen un mínimun de 60 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «**LITÚRGICA**». Para los demás actos litúrgicos.—Estas velas contienen un mínimun de 30 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «**ECONÓMICA**». Para procesiones, funerales, etc., etc.—Estas velas no contienen nada de cera pero tampoco se doblan con el calor.

INCIENSOS LEGÍTIMOS DE ARABIA

A esta Casa, bendecida por la Santa Sede, le han sido concedidas la Cruz «pro Ecclesia et Pontifice» por S. S. León XIII (12 junio 1901) y el título de «Fornitore Pontificio» por los Sumos Pontífices Pío X (5 abril 1907), Benedicto XV (20 junio 1917) y Pío XI, (16 mayo 1922).

Clases garantizadas

Envíos a todas partes

VINOS PUROS DE VID

PARA CONSAGRAR

*elaborados conforme a lo resuelto por la
Congregación del Santo Oficio*

AGUSTÍN SERRANO GONZÁLEZ

(Propietario-Cosechero)

MANZANARES (ESPAÑA)

Esta casa no exporta más vinos que los elaborados con mostos de sus viñas.

Envíos garantidos a todos los países.

Recomendados por varias Autoridades Celestiascas.



PLUMADAS

Notas de ayer en artículos cortos

POR

DANIEL AGUILERA CAMACHO

Cinco pesetas

Imprenta «El Defensor de Córdoba»



VELAS LITÚRGICAS

PARA EL CULTO — CALIDADES GARANTIZADAS
MARCAS REGISTRADAS

MAXIMA: Para las DOS VELAS de la Santa Misa y Cirio Pascual.
NOTABILI: Para las demás velas del altar.

Fabricadas según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 14 Diciembre 1914.

Economía increíble
usando mis velas especiales con el

«CAPITEL GAUNA» PATENTADO

El Capitel Gauna patentado evita el goteo de las velas, aun en las corrientes de aire más intensas.

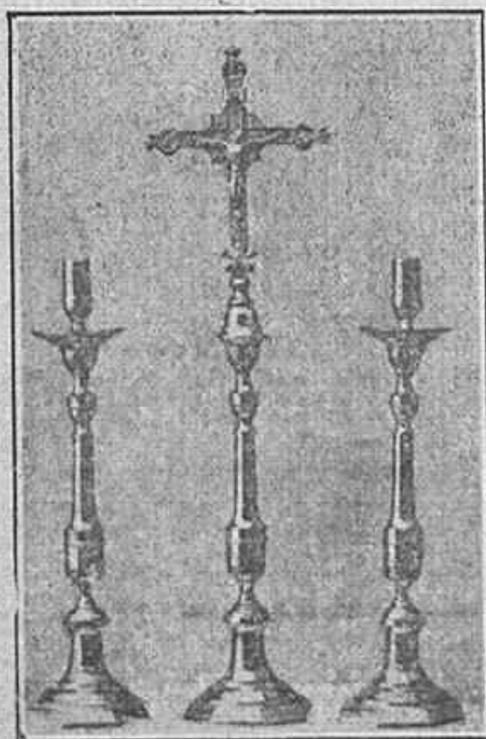
Hagan un pequeño pedido de prueba al fabricante

Hijo de Quintín Ruiz de Gauna
VITORIA (ÁLAVA)

ENVIOS A ULTRAMAR

— FUNDICIÓN DE BRONCE —

y objetos de metal



Pedro Osuna Bergillos

C. Arévalo, 3.-Lucena (Córdoba)

ARTÍCULOS DE IGLESIA

Esmerada y artística construcción de todas clases